

JOB-BOJ

De Jorge Guzmán

Ya parece una desagradable pedantería repetir que la novela chilena sufre un período de baja considerable. Esta afirmación ha llegado a ser tan común que seguramente, como tal, corre en boca de muchos que quizás muy poco conozcan de nuestra literatura. Las cosas vale la pena decir las una sola vez y bien dichas; cuando no es así, se parecen a esos chistes que de tan manidos no hacen reír a nadie.

Sin embargo, hay ocasiones en que conviene recordar ciertos conceptos no a manera de obcecamiento ideológico, sino porque es útil para demostrar la calidad de aquello que escapa a la norma.

Tal es nuestro caso este domingo. Después de haber enjuiciado en varias ocasiones, directa o indirectamente, a la narrativa nacional, llegando a conclusiones más o menos similares a lo que decíamos al comenzar estas líneas, se nos hace necesario abrir una gran paréntesis para meter en él a una novela publicada por Seix Barral, que obtuviera el segundo premio en el concurso *Biblioteca Breve* —uno de los más importantes certámenes europeos de novela en lengua española—, inmediatamente después de *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, el año 1967. Nos referimos a *Job-Boj*, del profesor de la U. de Chile, Jorge Guzmán.

Frente al folletín sentimentaloido, políticoide o pornográficoide en que caen muchos de nuestros narradores "connotados" (por la propaganda y por sí mismos), la obra de Guzmán se presenta al público chileno como una verdadera novela, con dignidad y señorío de tal. El mismo Guzmán, ha afirmado que no pide tregua para su obra, lo que ya es un índice a su favor porque es indudable que cuanto mayor propaganda busque un autor, más claro queda a la opinión pública que su obra cojea más de lo conveniente y que, en el fondo, es muy poco lo que ella puede ofrecer de sí.

Releamos las primeras líneas, el introito —sumamente iluminador, por lo demás— de lo que será el resto de las acciones: "Avida de placer como una bestia moribunda y de dinero como un taurín, venía en el tren internacional siguiendo a un largo y sorpresivo telegrama donde me anunciaba que el amor y la pena de amor me la traían". De ahí para adelante, asistiremos al desarrollo de dos existencias paralelas, tan paralelas que terminan haciéndose una, girando obstinadamente en torno a las necesidades del sexo como el eje directriz de toda actividad y sentido trascendente de la vida humana. Esta motivación, en manos de un Lafourcade, por ejemplo, nos habría dado novelas tan malas como *El príncipe y las ovejas*, o *Después del desierto*, de María Elena Gertner, obras que asumen, bajo una forma falsamente novelesca, las características del folletín barato que se vende por el elemento pornográfico que en él pueda existir. *Job-Boj* es una de las novelas más violentas en este sentido.

El lenguaje de sus protagonistas es inmisericorde con los oídos del lector y algunas escenas eróticas producen un respingo de asombro. Sin embargo, nadie podría calificaria de obra "sucias", para emplear un término muy común de nuestro vocabulario crítico. Y ahí está precisamente la dignidad y señorío que anotábamos más arriba. Guzmán se pasea desenfadadamente por los terrenos más escabrosos, luciendo un vocabulario que haría enojarse a un santo —cuando las ocasiones lo demandan— sin que ello produzca ni rechazo ni desagrado. Al contrario, la excelentemente bien construida atmósfera de la obra ab-

sorbe todos estos elementos presentándolos como necesarios y naturales en un mundo tal, que dejaría de serlo si dichos elementos fuesen suprimidos. Quiero decir que uno de los grandes logros de *Job-Boj* es la creación de una atmósfera, cualidad ésta ausente de la mayoría de nuestros narradores.

Una de las fallas de la novela chilena está en que nuestros narradores no saben crear atmósferas. El lector jamás olvida que está leyendo una novela, que tiene un libro en las manos. Y por eso, lo que en él aparece no consigue apropiarse de su lector, arrebatarlo, transformarlo en otro, integrarlo a un mundo que nace del lenguaje y se transforma en vivencia personal irrefrenable. Para que eso sucediera, sería necesario que el lector respirara una atmósfera diferente a la suya desde la primera página del libro.

Esta incapacidad explica la presencia de tanto elemento sensacionalista en la narrativa chilena. Imposibilitado para apropiarse del lector por medios artísticos, el novelista busca atraerlo "a la mala", a lo amigo zorrero, como quien muestra fotografías pornográficas a un niño. Esta situación, lo decíamos, está ausente de *Job-Boj*. Aquí hay una atmósfera tan bien creada que en virtud de ella todo es posible y todo se puede decir; el lector ha sido apresado en ella y, por lo mismo, acepta todo lo que venga, porque siente que vive una nueva experiencia.

Esta experiencia, como el gran leit-motiv de la obra, es el sexo. Todos los acontecimientos se ven ordenados por la necesidad de posesión, necesidad natural del hombre, pero desnaturalizada hoy por la presencia de ciertos determinantes que enajenan al ser humano transformándolo en un ser reprimido y sufriente, en un *Job* de nuestro siglo, dolido y aplastado que, sin embargo, jamás pierde la esperanza de una redención futura. Los dos protagonistas de la novela, desconocidos entre ellos, son seres ligados a través del tiempo y del espacio por una experiencia común: la mujer, y por un camino común que será recorrido inversamente por cada uno: la meta de uno es el comienzo para el otro.

La esperanza empuja al hombre a subir; el fracaso lo devuelve al punto de partida. La vida de uno de los personajes, un chileno que se apronta a entrar a la selva, avanza oscilatoriamente de la esperanza al fracaso; la vida del otro, un intelectual chileno en una universidad americana, repetirá invariablemente la curva anterior (él no lo sabe; los lectores sí). El novelista y crítico inglés E. M. Forster dice en su ensayo *Aspects of the novel* que las novelas poseen también una forma exterior, es decir, su desarrollo crea una imagen visual en el lector. De ser así, claramente *Job-Boj* despierata una imagen que se da, además, en una palabra muy chilena que se repite casi página a página del libro y que constituye su corazón latente y que le presta, por lo tanto, su ritmo y su garra.

Job, la esperanza; *Boj*, el fracaso; ir y volver, ascender y descender. No hay otros movimientos para los protagonistas de la obra. Todo vuelve sobre sí mismo y termina donde empezó. Un argumento simple en una atmósfera excepcional. Esta es la receta que emplea Guzmán para escribir una de las mejores novelas de la literatura chilena, acreditada, incluso, por la categoría de su galardón internacional.

LA UNION . VALPARAISO
23. 11. 1969

684141